

SERMON

DE SANTA GENOVEVA.

Non apparebis in conspectu meo vacuus.

Exodi cap. 23. v. 15.

NO siempre el nacimiento ni la dignidad es quien hace à los hombres considerables en el mundo. La Francia ha tenido Reyes y Reynas, que por no haver sabido componer la santidad con la grandeza, no son conocidos ni estimados en este siglo. Pero ha tenido Pastores, que por haver ensalzado la baxeza de su origen por su merito, son venerados de la Iglesia, y reciben alabanzas por la boca de todos los fieles. La gran Santa Genoveva, cuya fiesta celebra hoy la Iglesia, es un testimonio irrefragable de esta resplandeciente verdad. Nació esta Santa en una aldea, y no siendo su exercicio mas efevado que su nacimiento, empleó los primeros años de su vida en la conducta de su rebaño, ò en el oficio de pastora. Y sin embargo, su virtud la enobleció de tal suerte, que nuestros Reyes la veneran como à su protectora; París la invoca como à su Patrona, y la Iglesia la honra como à una de sus mas illustres Santas. Mas respecto de que la pureza contribuyó à su gloria, tanto como todas las demás virtudes juntas, no comencemos su Panegyrico sin saludar

à la que todas las Virgenes reconocen por su Soberana, y digamosla con el Angel:

AVE MARIA.

Como Dios es el principio de todas las criaturas, es tambien su ultimo fin. Y así como salen de él por la creacion, así tambien vuelven à él por el conocimiento y por el amor. La Religion, que se reduce al culto del verdadero Dios, les enseña à rendirle adoraciones, à ofrecerle Altares, à sacrificarle víctimas, à consagrarle presentes. Y esta ultima obligacion es tan estrecha, que los Israelitas no se atrevian à comparecer delante de su Magestad con las manos vacias; y era preciso para señal de su devocion, cargar de ofrendas los Altares quando entraban en el Templo: *Non apparebis in conspectu meo vacuus.* Pues ahora; aunque la Religion ha mudado de semblante por el Misterio de la Encarnacion; aunque Jesu-Christo que vino à cumplir la ley perfeccionandola, nos haya enseñado ceremonias mas santas, sacrificios mas inocentes, y virtudes mas elevadas; no nos ha dispensado de hacer presentes à su Padre. Pero en lugar de los frutos de la tierra, que los Israelitas le ofrecian, para darle gracias de la fecundidad que havia impreso en ella; quiere que le ofrezcamos nosotros frutos de nuestro cuerpo y de nuestro espiritu; y que hallando en nosotros mismos alguna cosa digna de su Magestad, seamos à un mismo tiempo el presente y el donante. Todos los Santos, pues, han desempeñado esta obligacion; pues aunque hayan sido pobres, han en-

encontrado en su persona de que satisfacer este religioso tributo. Unos le han ofrecido su industria y su trabajo, quedandose exhaustos por sus copiosos sudores en la predicacion del Evangelio. Otros le han dado su corazon por el amor, y su entendimiento por la oracion. Otros le han sacrificado su vida por el martyrio; y se han dado à sí mismos enteramente, para hacer mas insigne su liberalidad. Entre todos estos, no hallo yo otra mas ingeniosa que Santa Genoveva; que no reservando cosa alguna de quantas poseia, consagró à Dios su cuerpo, por la castidad que inviolablemente guardó toda su vida. Su reputacion, por la calumnia que padeció; su salud, por la enfermedad que toleró; y finalmente su belleza, por la lepra que contraxo asistiendo à los que estaban contagiados de este mal horrible y espantoso. Grandes presentes, Señores, dignos de Dios y de nuestra Santa; pues no tenia cosa mas preciosa que ofrecer à su Magestad; porque dándole su cuerpo, su salud, su honor, y su hermosura, no tenia mas que dar. Oíd con paciencia.

PUNTO SEGUNDO.

Mientras que la Justicia original mantenía en buena inteligencia las dos partes que componen al hombre, miraba el alma à su cuerpo como à su palacio. Allí habitaba con placer, y no hallando cosa desagradable en tan hermosa mansion, no temia ni la ruina ni el contagio. Pero después que la culpa mudó en prision este palacio, y el cuerpo que era el consuelo del alma, vino à ser su suplicio, fue necesario buscar virtudes que le

re-

reduxesen à su obligacion, y le enseñasen la obediencia. La abstinencia, pues, le debilita cercenándole las viandas. Las vigiliass le abaten, privándole de una parte del sueño. La castidad le afige, prohibiéndole toda suerte de placeres; porque la principal ocupacion de esta virtud, es mortificar al cuerpo, poniéndole entredicho en todas las delicias, y colocándole en la Cruz por la tolerancia de los trabajos à que le condepa, como dice San Cipriano: *Castitas cupidinem domat; concupiscentiam subigit; desideria ardoris extinguit; corpus ancillat. Et in carnalia crucifigit.* La castidad, dice, doma la concupiscencia, apaga los deseos que el amor impudico enciende en nuestro corazon, sujeta al cuerpo, y le enseña à servir al alma su legítima señora; y por este inocente artificio crucifica todo lo que en él hay de terreste y carnal. La virginidad aumenta el precio sobre la castidad; y como jamás ha disfrutado los placeres de la carne, hace los hombres iguales con los Angeles; y elevándolos sobre su misma condicion, hace de ellos unas nuevas criaturas que gozan sobre la tierra de la felicidad de los bienaventurados: porque segun San Cipriano y que, al parecer, es el Panegyrista de esta divina virtud, los hombres se buelven Angeles, quando consagran su cuerpo à Dios por la pureza; y aun parece, que como tienen dificultades que vencer, las que no tienen los puros espiritos, pueden tambien esperar mayor gloria: *Virginitas æquat se Angelis, imo excedit in carne luclata* (a).

Pe-

(a) Cipr. (aut quisquis est Author.) lib. de. dono pudicitie.

Pero sin empeñarnos en una contextacion, que aunque honrosa à los hombres, sería en alguna manera injuriosa à los Angeles; contentemonos con decir, que la virginidad tiene excelencias que nadie la sabría disputar; y que sus mayores enemigos son precisados à convenir, en que es una santa juventud que no envejece con el tiempo, sino que conserva su frescura y su inocencia à pesar del rigor de los años; que es el triunfo de los placeres, à quienes siempre ha vencido, porque los ha despreciado siempre; que es una honesta y venerable libertad, que no empeñándose en los lazos del matrimonio, no sufre la tiranía de un marido, ni siente la pérdida de los hijos; y que no teniendo ligaduras algunas en el mundo, puede pelear contra la persecucion, y aun provocar à los verdugos. Hagamos justicia à San Cipriano, que nos ha subministrado estos bellos pensamientos: refirmos sus hermosas palabras, que los explicarán con mas eloquencia que las mias: *Voluptatum triumphus virginitas, perseverans infantia, soluta libertas, filiacum contemptum habet, nec orbitatem sentit; non matrimonio, non liberis dicata potest persecutionem provocare* (a). Mas esto es alabar la virginidad à expensas de una ilustre Virgen; porque es callar por demasiado tiempo el merito de Santa Genoveva, que siguiendo los consejos de esta virtud, se ha hecho tan recomendable en la Iglesia por su pureza.

Esta gloriosa Santa, pues, consagró desde la

(a) *antiqua in-*

(a) Idem ibi. de ill. (notia A. de voluptatibus suis) 193

infancia su cuerpo à Jesu-Christo nuestro Señor. Se privó de todas aquellas delicias que hacen guerra à la castidad. Conservó el honor del Bautismo, guardando virginidad; y prevenida por la gracia, aumentó el numero de las Esposas del Hijo de Dios. El gran San German Obispo de Auxerre, habiendo reconocido en su semblante la santidad de su alma, la levantó del siglo para darsela à la Iglesia, y la puso en el Coro de las Virgenes santas, que no tienen otro cuidado que el de agradar à Jesu-Christo. Juzgad, Señores, de la excelencia de este presente por el merito de aquel que le ofrece à Dios, è inferireis quàn agradable era al Cielo Genoveva, pues le inspiró à este grande Obispo el pensamiento de consagrarla à su servicio.

Mas como esta ilustre Virgen sabía que la pureza se desconfia de sus fuerzas; y que procura valerse de la penitencia para pelear contra sus comunes enemigos, recurrió al ayuno, è hizo con él tan cruel guerra à su cuerpo, que desde la edad de quinze años hasta la de cinquenta, no comia dia alguno, à excepcion de los Domingos y Jueves, mas que pan, ni bebía mas que agua. Y quando vió que el tiempo y el ayuno havian debilitado su carne, y que no debía ya temer las rebeliones de este enemigo domestico, moderó su abstinencia; pero de un modo, que à otro sugeto que Genoveva le huviera parecido idemasiado severo: porque desde los cinquenta hasta los ochenta años solamente añadió algunas legumbres à su pan; pero acompañando siempre con lagrimas y suspiros esta ligera refeccion.

Despues de haver escandalizado David à todo su Reyno con un adulterio, à quien siguió un homicidio, dice la Escritura Santa, que para apaciguar la ira de Dios, y expiar dos delitos tan atroces, mezclaba sus lagrimas con su bebida: *Et potum meum cum fletu miscebam*. No me admiro, pues, que aquel que havia mezclado la sangre con sus injustos placeres, mezclase las lagrimas con su bebida, y que procurase conseguir perdón de un pecado tan grande con una penitencia tan austera. Pero que la inocencia de Genoveva imite à los mas severos penitentes, y haga por toda su vida lo que David hizo por algunos años solamente; esto me admira: *Nunquam ad mensam accedebat nisi præmissis lacrymis*. ¡Ah!

¡Quánto no reprehende este ayuno el exceso de nuestras destemplanzas! ¡Quánto no condenan estas lagrimas los regocijos de nuestros festines! ¡Quánto no debemos temer que nuestra Abogada se vuelva nuestro juez! ¡Que la que debe defender y abogar por nuestra causa, pronuncie nuestra sentencia; y que la Patrona de París animada contra sus desordenes le niegue su proteccion, y justamente le abandone al furor de sus enemigos! Pero contentemonos con hacer el oficio de Orador, sin recurrir al de Profeta; y continuando el Panegyrico de nuestra Santa, manifestemos el segundo presente que hizo à Dios, sacrificandole su reputacion, acometida por la calumnia. **Mirad:**

A PUN-

PUNTO SEGUNDO.

Si la gloria es la recompensa de la virtud, no hay que extrañar que la Santa mas virtuosa de este Reyno, haya sido la mas conocida, y la mas honrada; ni que el Hijo de Dios que prepara las recompensas à los que le sirven tuviese cuidado de hacer resplandecer la gloria de su querida esposa, y procurarla la aprobacion de quanto havia grande en el mundo. En efecto, los pueblos la veneraron como à su Patrona, reconociendo mil veces que debian su salud à su proteccion. Nuestros Reyes publicaron sus virtudes, y la dieron un poder absoluto en su Reyno. Los Santos hicieron su elogio, y manifestaron sus merecimientos, à pesar de su humildad. San Lupo y San German, los mas preciosos ornamentos de su siglo, la propusieron por exemplo à todas las Virgenes de Jesu-Christo. Y el gran Simon Estelita, este penitente del ayre, este solitario público, este prodigio suspendido entre el Cielo y la tierra, testificó publicamente la estimacion que hacia de nuestra Santa, encomendandose à ella desde lo alto de la columna.

Mas aunque fue tan resplandeciente su virtud, y su reputacion tan pública, no dexó de experimentar los mortales golpes de la calumnia. Y me atrevo à decir, que así como fue la mas honrada, así tambien fue la mas maltratada entre todos los Santos de la Iglesia. Sí: Aunque los christianos no busquen el honor, sienten sin duda la calumnia: y la justicia les obliga à conservar la reputacion;

li 2

por-

porque puede conducir mucho para la salvacion del proximo. Ellos temen esta pérdida, sabiendo que este bien, aunque frivolo en sí, hace mas recomendable la virtud. Y asi, quando la calúnnia les quita el honor, necesitan de toda su paciencia para sufrir esta injuria. Esté, pues, es uno de los mas singulares presentes que pueden hacer à Jesu Christo; y una de las mas queridas víctimas que pueden sacrificar à Dios Padre.

Y ved aqui una de las mas fuertes pruebas de la virtud de nuestra Santa, y en la que su valor y su humildad resplandecieron con mas pompa. El demonio, pues, valiendose de la lengua de los pecadores, vomitó contra ella las mas negras calúnnias, que podian manchar su virtud. Ellos, à la verdad, parecieron ingeniosos en forjar mentiras; y para tizar la blancura de su inocencia, hicieron pasar por vicios todas sus virtudes, y por maquinaciones contra el estado ò contra la Iglesia las acciones mas ilustres de su vida. Era Genoveva humilde; y por consiguiente, ocultaba quanto la era posible, ò con tanto cuidado, las gracias del Cielo, como los vanos y orgullosos las publican. Y esto no obstante, la acusaron de que era soberbia; y persuadieron al pueblo, que en todas sus buenas obras no buscaba otra cosa, que la reputacion y la gloria. Era, como ya os he dicho, mas pura que los infantes que acaban de nacer. Esta virtud, ciertamente, brillaba en sus ojos, resplandecia en su semblante, y se manifestaba en sus obras y en sus palabras. Y sin embargo, estos demonios en carne, acometieron su castidad, è intentaron hacer pasar à la Santa esposa de Jesu-

Chris-

Christo por una muger perdida. Ella protegió à París en su mayor necesidad, le defendió de sus enemigos, è infundió el terror en la armada que le sitiaba, haciendo Dios por su intercesion cien milagros para libertar à la capital del Reyno. Y con todo eso, estos atrevidos calumniadores la acusaron de inteligencia con los estrangeros, de quererlos hacer entrar en París, y favorecer las armas de Attila, cuyas tropas havia ella deshecho y disipado. Pero lo que admira sobre toda creencia es, que no perdonaron ni aun à sus mismos milagros; y asi, emplearon todos sus artificios, para persuadir à los Parisienses, que su Santa protectora era una infame magica. ¿Podia llegar à mas la persecucion?

Los milagros, à la verdad, son señales visibles del poder de los Santos, caracteres nobles de su virtud, y pruebas autenticas de su piedad. Dios no oye à los pecadores; y si alguna vez se vale de sus manos impuras para obrar algunos prodigios, esto lo hace unicamente quando ellos defienden sus verdades, ò sus intereses. Mas quando dá à sus Santos un poder supremo en su estado; quando los hace sentar en su mismo Trono; quando obliga à los elementos à venerar sus palabras, y à las bestias feroces à obedecer sus voluntades, es necesario reconocer y confesar, que tienen tanta parte en su amor como en su autoridad; porque si no fueran sus amigos, no fueran tan absolutos en su Reyno. La gran Santa Genoveva havia dado mil pruebas de su santidad por sus milagros. Havia manifestado su poder en todas las partes del mundo: havia hecho temblar la tierra, y abierto

to

to las cárceles para libentar los prisioneros: havia calmado las olas del mar enfurecido, y conducido seguramente al puerto à los Marineros que havian implorado su asistencia: havia formado rayos en el ayre, y mezclado las llamas con las aguas, en estos espantosos metéoros, para arrojarlos sobre las cabezas de los enemigos de Dios y de la Francia. Y sin embargo, estos pueblos ingratos toman estos prodigios por ilusiones, atribuyen al demonio las obras de Dios, y quieren quitar el honor à la que les ha conservado la libertad.

¿Qué deciais vos, gran Santa, en una prueba tan terrible de vuestra paciencia? ¿cómo sufriais esta injuria que heria vuestra santidad? ¿de qué armas os valisteis para rechazar los dardos de la calumnia? ¡Ah! Genoveva, Señores, no hacia otra cosa, que consolarse con la memoria de que su querido Esposo havia sido tratado del mismo modo. No le parecia extraño, que sus milagros fuesen tenidos por prestigios, quando se havia imputado lo mismo à los de Jesu-Christo, atribuyendolos à Belcehebu, y acusandole de que lanzaba los demonios por virtud de los demonios mismos: *In nomine Belzebutb ejicis dæmonia*. Ella imitó al que la consolaba; y así como su Magestad triunfó de sus enemigos, por un glorioso silencio: *Calumnii appetitus silentium detulit triumphale*. (a) Así Genoveva triunfó de los suyos por las mismas armas, y se defendió de la calumnia sufriendo, y aun riyendose de ella. Aprended, pues, de tan in-

(a) Ambros. in Psalm. 118. Serm. 17.

insigne exemplo à no querellaros de las murmuraciones, ni calumnias. Dexad por cuenta de Jesu-Christo el cuidado de vengaros, si sois inocentes como su Magestad. Y si sois culpables, honrad la justicia de aquel Señor, que os castiga por la lengua de los calumniadores. Y continuando ahora las liberalidades de nuestra Santa, veamos el tercer presente que hizo à su Esposo, que fue el de la salud de su cuerpo en las enfermedades que padeció.

Es cosa cierta, que así como no hay mal mas verdadero, despues del pecado, que la enfermedad corporal, así tampoco hay bien mas sólido, despues de la gracia, que la salud. Todos los demás males no yeren ni al espíritu ni al cuerpo, si nuestra aprehension ò imaginacion no ocasiona sus dolencias. Mas para consolarse y defenderse de las penas que ocasiona la aprehension, es suficiente una mediana virtud. La pérdida de los bienes, por exemplo, no es sensible, sino para los que no conocen su vanidad ò inestabilidad; siendo cierto por otra parte, que por mas esfuerzos que haga la fortuna, quando está irritada contra nosotros, no es capaz de privarnos de lo necesario, para vivir. Siempre se verificará, que todos necemos mas pobres, que lo que somos despues en toda la vida: *Nemo tam pauper vivit quam natus est*. (a) Y si nosotros quisieramos arreglar nuestros deseos por las necesidades de la naturaleza, seriamos ricos aun en medio de la indigencia. El destierro no es pena para los que saben que toda la tier-

(a) Seneca.

tierra es patria suya; que todos los hombres son nuestros hermanos; y que en qualquier lugar del mundo adonde nos destierre la injusticia de un tyrano, encontramos à Dios, y llevamos à él nuestra virtud. La prision misma no es suplicio para el hombre virtuoso; porque él tiene libertad en medio de las cadenas; halla compañía en los calabozos; y si no puede divertirse con los vivos, tiene la ventaja en aquella soledad, de no estar precisado à oír sus mentiras, ni aprobar sus necesidades. Pero la enfermedad es un mal efectivo que acomete al cuerpo y al espíritu; que rompe las cadenas que estrechamente los unen; que hace padecer à todo el hombre, esto es, à todas las partes de que se compone; y que le obliga muchas veces à desear la muerte, para libertarse de otra enemiga mas terrible.

Pero si se ha de juzgar de una cosa por su contraria, preciso es decir, que de todos los bienes naturales, no lo hay mas dulce ni mas amable que la salud. Es una armonia de elementos y de humores; una imagen de la paz; una felicidad adelantada, y un bien que comprehende todos los demás bienes del cuerpo: *Omnia bona corporis sanitas*, (a) como dice San Bernardo. Por eso los Santos que hacen à Dios un presente de su salud, y que se la dan gustosos quando su Magestad se la pide, no nos dan pequeño testimonio de su sumision y de su esfuerzo. Esta fue la ultima prueba de la paciencia de Job; y así, despues que el

(a) Serm. de triplici genere bonorum.

demonio le quitó las riquezas y los hijos, sin conseguir de aquel pacientísimo hombre alteracion alguna, se persuadió enteramente de que triunfaria de su paciencia, si le quitaba la salud. Y ved aquí el artificio de que se valió en orden à Genoveva; porque viendo que sin perder la tranquilidad de su espíritu, havia tolerado la calumnia, creyó poderla vencer con la enfermedad. Obtuvo, pues, del Cielo la permission de atormentarla; y como le havian permitido todo lo que no fuese quitarla la vida, la afligió con todas quantas enfermedades pueden exercitar la paciencia de una muger. La fiebre con sus ardores encendió el fuego en sus entrañas; la paralysis la privó del uso de todos sus miembros; y como si este accidente estuviese de acuerdo con el diablo, la quitó el movimiento, y la dexó sin sensacion. A mas de esto, este infernal espíritu que halla su placer en la miseria de los hombres, cubrió de úlceras el inocente cuerpo de Genoveva, de las quales salian exercitos de gusanos que la roían vivamente. El desvió de su casa tambien à todas las gentes que la podian servir de consuelo; y no dexandola mas que un poco de paja, la reduxo al mismo estado, à que en otro tiempo havia reducido al mas miserable y mas paciente de los hombres.

Pero como el furor de este enemigo del genero humano no tiene límites, y hace contra los Santos quanto puede, si su poder no es impedido por el de su Soberano; unió enfermedades contrarias para atormentar à Genoveva, è hizo ver en sus males una imagen de los condenados. Pero sin embargo, Señores, jamás pudo sujetar su valor, ni

cansar la paciencia de esta Santa. Todos sus esfuerzos, y artificios fueron igualmente inútiles. Y este espíritu soberbio tuvo la vergüenza ó el oprobio de ser vencido por una muger. Mas no juzgéis que sus trabajos y dolores fueron de poca duración por haver sido tan violentos. No juzgéis que se comenzasen y finalizasen en un mes: No. Duraron años enteros; y el fin de una enfermedad era principio de otra; aunque muchas veces se juntaban varias, para precipitarla en la desesperacion, violando las leyes de la naturaleza, por obedecer al aborrecimiento del demonio. ¡Ah!

Divino Esposo de Genoveva, ¿por qué la abandonais à tan crueles dolores? ¿por qué no escuchais los ruegos de vuestra amante? ¿por qué no socorreis à la que tantas veces os ha socorrido en la persona de los pobres? ¿por qué no obrais algun milagro en favor de aquella, por quien haveis sanado prodigiosamente tantos enfermos? Bolved, Señor, su movimiento à estas manos, que han sido tan fecundas en buenas obras; abrid estos ojos que han derramado tantas lagrimas; consolad este corazon que ha sido tan tierno à las miserias de su proximo; regad esta boca árida, que tan frecuentemente ha bendecido vuestro nombre. Corad, en fin, à vuestra amante, aliviad à vuestra casta esposa, y no abandonéis à la que os ha servido en la persona de todos los miserables. Pero: si Jesu-Christo no era sensible à las penas y dolores de Genoveva; ¿por qué no hacia ella misma un milagro para su curacion? ¿por qué no usaba en favor suyo de aquel poder absoluto que tenía sobre

todas las enfermedades? ¡Ah! La pregunta parece bastante razonable; pero la respuesta es mas sólida.

Los Santos, Señores míos; rarisimamente emplean su autoridad en beneficio de sus propios intereses. No usan, digo, de estos dones sobrenaturales con que el Cielo los ha honrado, sino para gloria suya, y por la salvacion de los fieles. Ellos dexan à Dios el cuidado de su propia persona; y quando las enfermedades les acometen, quieren mas exercitar la paciencia, que hacer brillar su poder. Genoveva, sin duda alguna, era de este sentir. Havia aprendido en la escuela de su Esposo; y acordandose de que su Magestad no havia hecho milagros para descender de la Cruz, no los quiso ella tampoco para levantarse de su lecho. Una de las mayores tentaciones que sufrió Jesu-Christo, fue la que experimentó en el Calvario, quando hablando el demonio por boca de los Sacerdotes, le provocó à que descendiese de la Cruz, para hacerles ver que era Hijo de Dios. El pretextó era especioso; y el maligno espíritu, viendo que la redencion de los hombres estaba vinculada en la Cruz, queria que Jesu-Christo la interrumpiese por un milagro; y que perdiendo la paciencia en medio de sus tormentos, diese pruebas de su poder antes de tiempo. Pero el Señor dexó burlado este artificio, dice admirablemente San Agustin; y para confundir al demonio, conservó su paciencia, no descendiendo de la Cruz; y mostró su poder, resucitando del sepulcro: *Sed Christus servavit patientiam, quia non descendit de lig-*

no; & demonstravit potentiam, quia surrexit de sepulchro. (a) Imitó, buelvo à decir, Santa Genoveva à su divino Esposo en su enfermedad; pues reconociendo la intencion del espíritu maligno, quando la provocó à que se curase milagrosamente à sí misma, hizo resplandecer su paciencia, por una admirable conducta, sufriendo silenciosamente todos los rigores de su mal; y despues que fue libre de ellos, hizo asimismo admirar su poder, en los milagros que obró para alivio de los fieles. Aprovechemonos, pues, de tan santa instruccion. No pidamos, digo, milagros al Cielo, quando nos vemos afligidos de la enfermedad: no hagamos votos algunos por alcanzar la salud: no empleemos finalmente la poderosa intercesion de los Santos en una ocasion, en que quiere Dios probar nuestra paciencia. Tengamos sí presente, que si en el Estado de Jesu-Christo es mas glorioso hacer, que padecer; es no obstante mas santo, y mas util sufrir dolores, que hacer milagros. Pero acabemos el Panegyrico de nuestra Santa, viendo el ultimo presente que hizo à su Esposo de la beldad y hermosura de su cuerpo, y que à mi ver, fue la prueba mas preciosa de su amor.

PUNTO QUARTO.

Bien sé, Señores, que la hermosura es una prenda tan fragil como peligrosa. Que es facil de perder, y dificil de conservar. Que el tiempo des-

(a) Aug. lib. 4. de Symb. c. 5.

truye su esplendor, y tizna su blancura. Que la enfermedad borra su buen parecer; y que apenas hay accidente en la vida que no la cause alguna injuria. Además de esto, es una prenda que por lo regular no está de inteligencia con las virtudes; y aun es muy dificil que una muger hermosa sea humilde entre tantas alabanzas, ni casta entre los muchos combates que experimenta. Tertuliano juzgó que la hermosura era inutil donde reynaba la castidad: *Ubi pudicitia, ibi vacua pulchritudo*: (a) y que el funesto fruto que producía este mal arbol era la impudicia: *Fructus pulchritudinis luxuria*. (b) Los poetas que son los adoradores de la belleza, confiesan ser enemiga de la humildad; que todas las hermosas son sobervias; y que el orgullo es el mayorazgo de las grandes hermosuras: *Fastus inest pulchris, sequiturque superbia formam*. (c) El Espiritu Santo, que forma oraculos en la boca de los Profetas, nos enseña que la beldad es engañosa; que huye de las mugeres que la poseen, y vende à las que la aman; y por consiguiente, que no las hermosas, sino las prudentes y temerosas de Dios, son las que se han de alabar: *Fallax gratia & vana est pulchritudo, mulier timens Deum ipsa laudabitur*. (d)

Pero el mismo Espiritu Santo, sin contradcirse, ni oponerse à lo dicho, dá con frecuencia alabanzas à la hermosura corporal, quando está acompañada de la modestia y castidad. Y asi vemos que la ha honrado en las Judithes y en las Es-

(a) Tertul. de cultu fem. (b) Idem ibi. (c) Ovid.
(d) Proverb. 31. v. 30.

theres ; que se ha servido de ella en sus mayores proyectos ; y que quando quiso domar el orgullo de sus enemigos, no empleó otras armas que los encantos y adornos de un hermoso semblante. El Espíritu Santo, pues, ensalzó la belleza de Judith quando salió contra Holofernes ; y despues de haverse preparado para su combate con todos aquellos adornos, que havia abandonado despues de su viudedad, la dió el Señor un nuevo realce ó esplendor à su rostro, que no podia ella esperar ni de su edad, ni de su industria : *Cui Dominus quoque contulit splendorem.* (a) Mas quando la Escritura Santa no huviera hecho el elogio de la hermosura, ¿no se sabe muy bien que tiene bastante poder para hacerse amar de todo el mundo ? ¿ que ella es la que perfecciona las obras de Dios ? ¿ que es la di-cha del cuerpo, el adorno del alma, y el complemento de la criatura ? *Felicitas corporis*, dice Tertuliano (aunque era su enemigo declarado) *divinæ plasticæ accessio, & animæ vestis urbana.* Tambien es preciso confesar, que todas las mugeres hacen de ella su principal ostentacion ; que la buscan con empeño ; que la pierden con sentimiento ; y que la ponen en la clase de las cosas que las hacen mas recomendables.

Nuestra ilustre Santa fue bien enriquecida en esta parte. La naturaleza anduvo con ella tan liberal como la gracia. Y así su cuerpo no era menos perfecto que su alma ; y su belleza, aunque menospreciada, no dexaba de tener muchos encantos. Y lo que

mas

(a) Judith cap. 10. v. 4.

mas, ni la penitencia, ni las enfermedades havian podido borrar su esplendor : por lo que esta Santa, en medio de su languidez, conservaba tal dulzura y magestad en su semblante, que à un mismo tiempo se hacia amar y temer. Pero lo que hacia mas recomendable su belleza era, que, à semejanza de la de Maria, obligaba à todos los que la miraban à levantar sus corazones à Dios ; inspirandoles santos deseos y castos pensamientos. Por lo que reconociendose por la experiencia, que no era funesta à persona alguna su hermosura, tenia motivo para ser amada, ò à lo menos para no ser aborrecida. Esto no obstante, Señores, Genoveva hizo quanto la fue posible para desfigurar su buen parecer. Se exponia à los rayos del Sol, para que ofuscasen el resplandor de su tez. Ayunaba para perder la textura y colorido del semblante. Velaba para mudar sus rosas en palideces y como si las austeridades no fueran capaces à destruir su belleza, pedia enfermedades à su Esposo, para que destruyese toda la gracia que podia restar en su penitente rostro. Vos seréis ofda, Genoveva ; aunque si la oposicion que teneis à vuestra hermostira mas es aborrecimiento que menosprecio ; pòdeis muy bien arrepentiros de hacer votos tan extraños. En efecto, una horrible enfermedad la acomete ; y la reduce à tan espantosa fealdad, que causaba horror à todo el mundo. La lepra se apodera de su cuerpo ; le cubre de úlceras ; y la hace tan monstruosa, que apenas ella se conoce, ni se puede sufrir à sí misma.

Y à la verdad, aunque todas las enfermedades sean fastidiosas y horribles, como penas que son,

è imagenes del pecado; hay algunas, sin embargo, que solamente nos privan de la salud; y en los que nos aman, no causan otro efecto que el de la compasion y de la pena. Pero otras hay tan espantosas, que infunden aversion en todo el mundo; y tan contagiosas, que obligan à nuestros amigos à dexarnos. La peste, sin duda alguna, es de este numero: ella separa al padre de los hijos, y al marido de la muger; y como se comunica à todos los que se acercan, trahe siempre consigo el horror y la soledad. Pero la lepra es mas espantosa todavia, porque por una parte nos aparta del mundo como la peste; y por otra no nos quita prontamente la vida como aquella, sino que nos la prolonga para dilatar nuestro suplicio: *Leprosis*, dice San Ambrosio, *vita suplicium, & morti lacrum.* (a) La Religion y la Policia dividen à los leprosos de toda comunicacion, aun con los demás enfermos. Esta segunda las cierra las puertas de las Ciudades, aquella las de los Templos. Una los trata como à enemigos, otra como à excomulgados. De modo, que estos miserables parece que no son hombres ni christianos; pues son separados de toda comunicacion, asi divina como humana; y en vez de aquella compasion que inspira toda clase de afligidos, estos solamente infunden la aversion y el aborrecimiento.

Y con todo eso, este fue el suplicio con que fue exercitada la inocencia de Genoveva. El Cielo la priva à un mismo tiempo de su salud y de su

amais la be-

(a) Amb. lib. 1. de offic. cap. 14. non y asoibitizal nase

belleza: la hace un espectáculo horrible que aleja de sí à todo el mundo; y por un exceso de rigor, destierra de los Templos y de las casas à la que los havia libertado del furor de Atila; Ah! Vos, Señor, sois el dueño de la enfermedad y de la salud: Vos sois el soberano de la vida y de la muerte: Vos haveis pronunciado nuestra sentencia, y la poneis en execucion quando os agrada. Genoveva, aunque inocentisima, merece la muerte porque es hija de Adan: y no osariamos nosotros acusar vuestra justicia, que castiga el pecado del padre en la persona de sus hijos. Y asi, haced sufrir à vuestra esposa con el rigor de una larga y cruel enfermedad; dadla la muerte si os agrada, y acabad su vida poniendo fin à su destierro; pero no la envieis lepra, Señor; perdonad este rostro donde la hermosura no se opone à la modestia. Respetad este cuerpo penitente, que no os ha honrado menos que el espíritu que le anima: y acordaos de que es vuestro templo, donde con mucha frecuencia se os han ofrecido víctimas inocentes.

Este deseo os parecerà justo, Señores; y con todo eso no lo es; no. Genoveva lo desaprueba; y recibiendo la lepra como un favor, bendice al Cielo que la ha dado esta semejanza con su Divino Esposo. Ella le ama sobre la Cruz, donde su Magestad la dió tantas pruebas de su amor; y no pudiendo ser enclavada en ella, quiere à lo menos ser leprosa como él. Era Jesu-Christo, sin la menor duda, el mas hermoso de todos los hijos de los hombres, porque era nacido de la mas bella de todas las mugeres, y porque no podia haver defecto alguno en un cuerpo que era la obra del Espíritu

Santo. Mas asi como sacrificó su honor y su vida, quiso sacrificar tambien su hermosura por nuestra salvacion. Los golpes que en el discurso de su passion recibió, y los mortales dolores que afligieron su cuerpo y su alma, alteraron tan fuertemente su constitucion, que vino à ser el mas disforme de todos los hombres, desfigurando de tal suerte su rostro las heridas que le cubrian, que el Profeta que le vió en este estado nos asegura, que tenia aspecto de leproso: *Et nos putavimus eum quasi leprosum, & percussum à Deo, & humiliatum.* (a) Y Genoveva quiere ser una copia de este divino original. Quiere, digo, perder su hermosura, respecto de que Jesu-Christo ha perdido la suya. Quiere ser leprosa, puesto que su Esposo fue cubierto de la lepra de nuestros pecados; y quiere ser finalmente objeto de aversion en su lecho, ya que el Hijo de Dios fue un espectáculo de horror en la Cruz.

Ahora bien, Señores, ¿hay alguno de vosotros que quiera imitar la liberalidad de nuestra Santa Patrona? ¿Quereis hacer à Dios unos presentes semejantes à los suyos? ¿Estais dispuestos para consagrarle vuestro cuerpo por la penitencia, ya que no os halleis en estado de consagrarselo por la virginidad? ¿Teneis suficiente valor para rufrir los mortales golpes de la calumnia, ofreciendo à Jesu-Christo vuestra reputacion? ¿Sois bastante pacientes para tolerar con igualdad de animo las enfermedades, haciendo de este modo un verda-

(a) Isai 53.

dero sacrificio de vuestro cuerpo? Y finalmente, ¿estais tan desprendidos del amor propio, Señoras, que podais, no digo pedir, sino aceptar la lepra si ella se presentase, y hacer à Dios un sacrificio de vuestra hermosura, que regularmente preferis à la virtud? Pues aprended si no de Santa Genoveva à reconocer que nada os ha dado Dios que no os pueda bolver à pedir: que el uso mas santo que podemos hacer de nuestro cuerpo y de nuestra alma, es el de hacer de uno y de otra presentes y víctimas à Jesu-Christo. En suma, que nada tenemos tan digno de amarse en la tierra que no lo debamos sacrificar por adquirir la gloria en el Cielo. Asi sea.